

LAS MEMORIAS DE PETER CRANICH

8/12/2003

Ayer intenté salir al cine. Era domingo y se suponía que medio Madrid había salido de puente.

Cuando llegué al local, media hora antes del comienzo de la película, no había ya entradas.

Es una anécdota. Pero no hay entradas para la ópera, es casi imposible conseguir entradas para los teatros, para los conciertos, a menos que dedique uno una parte de su vida a planificar el ocio que, claro, si es planificado deja de ser ocio y se convierte en trabajo.

El madrileño se divierte. Podíamos decir que su actividad esencial es divertirse mientras que soporta el trabajo, o la actividad pagada, a desgana, esperando con ansia la llegada de la tarde libre, del fin de semana, del puente y las vacaciones.

Y, ¿qué hace en vacaciones? Pues ver, escuchar, mirar lo que otros hacen. El ocio es el intervalo de los días, de la vida, en el cual no hacemos nosotros nada, vemos lo que hacen otros.

Lo cual está razonablemente bien si ese intervalo es pequeño frente al total de la vida, dos, tres horas en las 80 horas útiles de la semana: un 4% de nuestro tiempo de vida.

Pero una buena parte de la población emplea bastante más de ese 4% de su vida en vivir las vidas de otros.

¿Y nuestras propias vidas? Tenemos un intervalo finito para vivirlas: 70, 80 años. Lo maravilloso es vivirlas a tope, vivir la vida de uno, llenar la propia vida de actividad, pensamiento, disfrute propio, conocimiento y ejercicio, pero un máximo de ello propio.

Tomemos el futbol, los toros, los espectáculos, lo último y más tirado: las peleas de corrala que se exhiben en la tele. ¿Qué tengo yo, YO, que ver en si un señor corre más que otro y mete un balón en una portería? A MI, ¿qué se me dá que sea Pepito o sea Juanito el que mate un toro? A MI, particularmente a MI, ¿que me importa que la tía Paca esté enfadada con su vecina?

Yo puedo jugar un partido de futbol, correr una carrera de bicicleta, no creo que se me ocurra enfrentarme con un toro, pero puedo pelearme, YO, con mi vecino. Estas son actividades mías, que a mi me interesan: Pueden mejorar mi forma física, o descargar mi tensión particular.

Pero son mis actividades, como lo son mis conversaciones con amigos y menos amigos, mis búsquedas en las bibliotecas, mis estudios, aprender música, o disfrutar, yo, de arte, literatura y naturaleza.

Parecería ser que a una buena parte de los humanos les sobra el tiempo del día para vivir sus vidas y emplean ese tiempo sobrante en observar las de los demás. ¿Son pobres esas vidas?

Diríamos que si, pues en esa observación rara vez se vislumbra algo nuevo, no repetido hasta la saciedad: Las patadas al balón son las mismas hoy que hace 40 años. Hoy hay un Beckham, un Raul, un Zidane, ayer un DiStefano, un Gento, un Puskas. Como personas quizá sean distintos, como jugadores de futbol son esencialmente los mismos. Exactamente pasa con modelos de moda, con ciclistas, con toreros, con cantantes de pop o con las vecinas y sus peleas.

Y esa pobreza de las vidas me lleva a reflexionar sobre otro tema muy manido entre los ensayistas: La carencia de culpa de los seres humanos. Escribía Vicente Verdú en el número sobre la Constitución, este Sábado pasado: "La política ha pasado a ser un divertimento, un entretenimiento, pues el poder lo tienen no los políticos sino los dueños de las grandes empresas, y de entre ellos, los de las grandes empresas mediáticas". Ahora bien, ¿quien ha dado el poder a esos señores y señoras?

El poder mediático lo ostentó durante mucho tiempo la Iglesia, en Europa. ¿Quién otorgó el poder a la Iglesia? ¿O a los reyes? ¿No sería ese pueblo que hoy pasa de interesarse por su propia vida y se deja llevar en manos de esos medios que Verdú y otros muchos denuncian?

Porque a la Iglesia y al Poder lo sustentan los que lo aceptan, los que lo adoran, los que lo buscan.

Hoy ha sido la Inmaculada. Hay "Vigilias de la Inmaculada". Hay "Esclavas de María". Nadie obliga a esas señoras a velar la noche, a ser "Esclavas". No tenemos porque comprar los periódicos, ver las teles, o mejor dicho, podemos comprar todos los periódicos, ver todos los programas, comparar y desechar.

Nuestra vida no la controlan los "medios" como no la controla la "iglesia", si no queremos que nos la controle.

El poder de los "medios", de la "iglesia" es un poder otorgado. Podemos recuperarlo si decidimos vivir nuestras vidas.

Se denuncia muchas veces que la gente acude a las grandes superficies, a los grandes almacenes porque desde la televisión se les dice que serán muy desgraciados si no lo hacen, y se denuncia eso como manipulación.

Pero somos seres racionales, que podemos, sin problemas, rechazar esos mensajes, como podemos rechazar los cuentos del cielo y del infierno.

¿O cuando se habla de manipulación es que ya de antemano quienes hablan de esa manipulación suponen que sus copersonas no tienen vida propia y no pueden elegir?

¿Diversión o vida, marionetas o actores de la propia vida?